

ante él, empezó por darle excusas, y acabó ofreciéndose él y ofreciendo su ciudad.

El resultado de esta conferencia fué que el Rey pidió pusieran en sus manos los florentinos las fortalezas y le entregaran gran cantidad de dinero. Escribió Pedro de Médicis estas demandas á los magistrados, y después fué á Florencia, por saber que amenazaban allí desórdenes y para impedirlos.

Supiéronse con desagrado en Florencia las exigencias de Carlos VIII, y le enviaron nuevos embajadores para evitar los males que amenazaban á la República y con encargo de recomendarla á la generosidad del Rey.

Cuando llegó á Florencia Pedro de Médicis, ya se decía en todos los círculos que habia hecho traición y vendido la ciudad, y además llevado á ella á Virginio Orsino con sus tropas. Por estas cosas su vuelta no fué grata á nadie y sí odiosa á muchos, tanto que todos hablaban ya de recobrar la libertad. Fué Pedro al Palacio, y le rechazaron; volvió á su casa y, falto de consejo, intentó en vano, ora la fuerza, ora la persuasión. Sin poder confiar en nadie, retiróse al fin con todos los suyos á Bolonia.

Fernando estaba con su ejército en Cesena cuando supo estos sucesos y, al verse privado del auxilio de los florentinos, que ya habian recibido al Rey, fué á Roma.

Pedro de Médicis estuvo pocos días en Bolonia, dejó allí á los suyos y se dirigió á Venecia.

En Florencia reinaba el mayor desorden....

ASUNTOS DE MONTEPULCIANO.—1494.

En Pienza, ciudad de Siena, á seis millas de Montepulciano, habitaba la mayor parte del año maese Andrés Piccolomini, sobrino del papa Pío II, y tenía íntima amistad con muchos de Montepulciano, entre ellos con un tal Francisco Paganucci, que iba entonces con frecuencia á Siena por la enfermedad de su hermano maese Bartolomé Paganucci.

Por entonces fué elegido podestá de Chianciano Antonio Bichi, que gozaba de grande autoridad en Siena y, como Chianciano está á cuatro millas de Montepulciano, por cuestiones de límites, tenían los habitantes de ambos puntos desde hacia muchos años querellas y riñas. Pretextando arreglar estos asuntos, hablaba casi diariamente el citado Bichi con los de Montepulciano, cuyos ánimos logró disponer contra los florentinos porque, por entonces, la república de Florencia habia mandado establecer en Montepulciano el nuevo impuesto del diezmo, cosa que llevaron á mal sus habitantes, máxime habiéndose convenido pocos meses antes entre la República y Montepulciano, que éstos pagarían en moneda blanca, á condición de recibir la sal una tercera parte más barata.

Al cambiar el gobierno en Florencia (1), víéronse los de Montepulciano obligados á pagar íntegro el impuesto

(1) Cuando, á la llegada de los franceses, fueron expulsados los Médicis.

de la sal, y aun encarcelados los que no pagaban. Por todo esto determinaron sublevarse, realizándolo el 26 de Marzo del modo siguiente: primero acordaron apoderarse del castillo, que estaba mal guardado y peor provisto de viveres, es decir, de harina, vino y pan. Lo custodiaban cuatro soldados necios, de los cuales al menos tres pasaban el día fuera del castillo, quedando uno dentro para abrir y cerrar la puerta. Tomaron, pues, los conjurados la fortaleza á la mañana siguiente de haber determinado sublevarse. Al amanecer se apoderaron por engaño del recinto y la guardia que allí había, y después, en menos de una hora se rindió el castillo, donde no había ni pan ni vino, abriendo las puertas al gobernador, que era un jovencuelo. Intentaron después apoderarse de la torre de Chiane en el puente de Valiano, y no lo lograron porque uno de Montepulciano avisó á Bonzi, su gobernador.

El podestá florentino, que era el anciano Rodolfo Falconi, supo la conjura y escribió á Florencia; pero ni le creyeron ni le contestaron, y no hubo medio de impedir la sublevación.

Algunos días antes enviaron de Siena á los conjurados una bandera azul, en la que habían bordado con letras de oro la palabra *Libertas*, y también un grande escudo. Tomado el castillo, la enarbolaron, y aquella mañana recorrieron con ella la población más de sesenta hombres, entre ciudadanos y plebeyos armados, y dada la señal desde la torre del palacio de los Priors con antorchas y cañonazos, algunos Comisarios sieneses, que estaban dispuestos en las inmediaciones, con toda la infantería que pudieron recoger, ocuparon la población y la fortaleza.

El pueblo, y sobre todo los campesinos, no sabiendo

lo que ocurría, y oyendo los cañonazos, preguntaban la causa de aquélla, y les decían: «Los florentinos querían imponer grandes tributos para empobrecernos y comprar después nuestras bellas posesiones.» Reunidos gran número de los campesinos que viven á tres, cuatro y seis millas de la ciudad, dominaron en ésta y, como la mayoría estaba ignorante de los tratos con los sieneses, determinó arrasar el castillo para que éstos no se apoderaran de él. Con el ímpetu que el pueblo emplea en tales casos, lo derribaron gritando libertad, cosa que desagradó mucho á los conjurados.

Antonio Bichi, enfermo de gota, llegó conducido en una litera y presentó una acta en blanco, para que los de Montepulciano pusieran las condiciones de su unión á Siena, donando á nombre de la Señoría de esta ciudad gran cantidad de sal y cereales, y prometiendo llevarlos gratis. Conducido Bichi al palacio, expulsaron de él al Comisario florentino con su dinero y equipaje, quedando aquél de Comisario, y yendo en el mismo día á Siena como embajadores Mariotto y Miguel Agnolo, que, agasajados allí, y vestidos de paño rojo, juraron fidelidad á Siena, por miedo de que los florentinos se anticiparan á protestar é impedir que Siena les aceptara como súbditos; porque, en cuanto se supo en Florencia lo ocurrido, inmediatamente enviaron dos ciudadanos para aconsejar á los de Montepulciano mantuvieran su libertad, sin entregarse á nadie; pero éstos nombraron poco después para ir á Siena seis doctores, maese Jacobo, maese Tiberio, maese Agnolo, Pedro de Mateo, Francisco de Miguel Agnolo y maese Luis, arcipreste, que debí citar el primero, con dos de la campiña, Paulino de Neri y Lorenzo de Segna quienes, perfectamente acogidos y honrados por los sieneses, reci-

bieron de éstos trajes de paño rojo, es decir, cada uno tres canas (1) de esta tela, y sus criados calzas y jubones. A su vuelta, se les confirmó el encargo para que en Montepulciano, y en el término de seis meses, fijaran las condiciones de su unión á Siena.

El ejército florentino avanzaba hacia Montepulciano, y pasó el río Chiana por la grande habilidad é ingenio del conde Ranuccio, que lo mandaba; porque los sieneses enviaron inmediatamente todas las tropas que tenían en Siena, y con premura reunieron hombres de armas, siendo de ellos algunos, esto es, maese Petruccio con diez hombres de armas, Julio Bellanti con otros diez, Baltasar Scipione también con diez, Cino del Gote y el señor Juan Savello con comisión de reunir unos sesenta, y todos ellos, infantería y caballería, acudieron al puente, derribando de él cuanto pudieron, é hicieron un bastión en la margen del río. Llegó de Siena un comisario de los Cerchi, llevando cincuenta ducados, y esperaban que los florentinos no pudieran pasar el Chiana, con lo cual los de Montepulciano quedaban en paz y seguridad.

Pero el conde Ranuccio pasó el río por tres puntos: con barcas por más abajo y más arriba del puente, y por el puente mismo, derrotando, matando y prendiendo á los sieneses. Recorrió después el territorio de Montepulciano, cogiendo mucho ganado mayor, y principió *in agro Politiano* la construcción de un grande, hermoso y fuerte bastión; pero los florentinos, por temor á Pedro de Médicis, hicieron un tratado con los de Montepulciano, permitiéndoles destruir este bastión y librándoles del miedo que les inspiraba.

(1) Cana, medida igual próximamente á dos varas.

Estando por entonces Tomás Tosinghi de Comisario en Valiana, convino con el Consejo de los Diez en que Pablo Vitelli fuera secretamente de Castello á Montepulciano con quinientos infantes, caminando todo el día y parte de la noche, y que sus tropas, esto es, cien hombres de armas y cien caballos ligeros, las tendria entre Castiglione, Cortona y Valiana.

Vitelli prometió estar con sus infantes en Valiana unas tres horas después de anochecer, y estuvo mucho más tarde; de suerte que era ya día claro cuando la infantería llegó junto á Montepulciano, cansada y sin fuerzas, por no tener en la marcha un momento de reposo. Quiso Vitelli llevar consigo los citados hombres de armas y unos sesenta desterrados de Montepulciano que estaban en Valiana.

Escalada la plaza, y tomada una puerta, los asaltantes, por no ser socorridos, fueron rechazados y casi todos muertos. Este desastre debióse á que los Vitelli no quisieron acudir al socorro, porque la gloria de la conquista no sería para ellos.

Algunos dias después, Antonio Tarugi y su hijo Cristóbal, ambos de Montepulciano, ofrecieron entregar dicha plaza á los florentinos, y se convino realizar esta empresa la noche de Carnaval (era Comisario Tomás Tosinghi, y mandaban la caballería Baudino de la Pieve y un señor de Faenza); pero, descubierta la conjuración aquella noche, y no pudiendo reunirse los conjurados, unos sesenta de éstos se arrojaron por los muros de la plaza. Algunos fueron muertos, y otros se dispersaron, porque los florentinos no les socorrieron. Los sieneses expulsaron de Montepulciano las mujeres é hijos de los conjurados. Los jefes de la conspiración fueron Francisco

de Agnolo, su cuñado Nicolás de Puccio, Juan de Tomás, Tomás del Arcipreste, maese Jacobo Modesti, Clemente Salimbeni, Pedro de Mateo, Benedicto del Monte, Miguel de Ramini, Mazzuolo, Lorenzo de Segna, Biagio de Brincone, Bartolomé de Salvador, Lorenzo de Pasquino, Pedro de Pedro, y un maestro, Pablo de Servi, fraile de la casa de los Cini.

OCTUBRE, NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1495.

Monseñor de Lila fué al Burgo de San Marcos y con dificultad pudo conseguir permiso de D'Antraigues para ir á hablarle, acompañado sólo de dos hombres. Cuando llegó á él, le hizo saber la voluntad del Rey (Carlos VIII). D'Antraigues respondió que no entregaría á Pisa sin tener cartas autógrafas del Rey y si monseñor Ligny no le ordenaba expresamente hacerlo.

Pareciendo á los Comisarios que este propósito era terminante, y habiendo carestía de todo, por no poder traer víveres, hicieron saber á la Señoría que el mejor partido era alejarse de Pisa, de cuyo mal resultaría un bien, porque sería entonces más fácil socorrer los puntos amenazados.

Dudaba la Señoría la determinación que debería tomar: de una parte le apremiaba alejar las tropas de Pisa para prevenir el peligro de aquel lado y socorrer otros puntos; de otra comprendía que esta resolución sería objeto de general censura, sabiendo cuánto deseaban los florentinos la continuación del asedio y cuán

grande era su esperanza en el buen éxito de la empresa.

Mientras se discutía el asunto, llegaron nuevas cartas de la corte de Francia relativas á la restitución de Pisa y, queriendo el Consejo de los Diez aprovechar esta oportunidad, las envió inmediatamente al ejército, antes de que hubiera levantado el campamento; pero no produjeron mejor resultado que las primeras, porque los Comisarios no pudieron presentarlas, publicando su contenido por medio de un trompeta para que no tuviera excusa D'Antraigues. En vista de la inutilidad de este recurso, realizaron el primer intento y, levantado el campo, lo trasladaron á Cascina, no por la esperanza de tomar esta plaza, sino para que los pisanos no quedaran completamente libres de la presencia del ejército.

Corrió entonces el rumor de que el Papa, los Orsini y los sieneses querían restablecer la autoridad de Pedro de Médicis en Florencia, y que consentían en ello Juan Bentivoglio y la condesa de Forli; que Virginio Orsino, con todos los suyos, y Pedro de Médicis, seguido de numerosas tropas, habían salido del territorio de Roma, reuniéndose entre Fuligno y Todi; que Pedro se valía de unos veinticinco mil ducados adquiridos en Roma, y que esperaba entrar en Florencia con ayuda de los partidarios que en dicha ciudad tenía. Por estas noticias la Señoría ordenó á los Comisarios que enviaran al conde Ranuccio y al señor Octavio de Manfredi hacia Cortona, y escribió al rey de Francia dándole cuenta de los enemigos que á los florentinos amenazaban; de cómo fortalecía aquéllos el comandante francés de la plaza de Pisa; de la injusta conducta de éste y de la fidelidad de Florencia, comprobada por haber dado últimamente dinero á los Vitelli, que estaban al servicio del Rey.